

La revolución inglesa del siglo XVII

James Casey

Este tema ha provocado una literatura enorme, tanto en su época como hoy día. Una de las mayores dificultades para el estudiante es medir la equivalencia entre tanta discusión y la importancia real de los hechos. Como dice Laslett, el drama de los acontecimientos de los años 1640 en Inglaterra, culminando con la ejecución del rey, no es un índice exacto de los cambios y descontentos anteriores: las rebeliones armadas tiene su propia lógica (1965, pp. 160-161). El interés creciente de los historiadores por estos «accidentes de la guerra», ¿refleja la vuelta a la historia política, e incluso narrativa, de que se viene hablando recientemente? En cualquier caso hay un mayor deseo hoy día para situar la evolución política inglesa dentro de un modelo europeo más amplio, lo que puede justificar quizás el estudiar de nuevo tema tan investigado y debatido por generaciones anteriores.

La historiografía de la Guerra Civil es, en cierto modo, el epítome de la denostada historiografía «whig» —es decir, la visión teleológica de los sucesos pasados, seleccionando para el estudio sólo aquellos que se podían calificar de «portadores de futuro» (triumfo de la democracia o de la burguesía). Es interesante, por lo tanto, advertir, gracias al ameno repaso de la literatura hecho por R. C. Richardson (1988), el largo intervalo entre la Guerra Civil y su «mitificación» a manos de los historiadores liberales del siglo XIX (como Macaulay). Antes, la tendencia parece más bien la de concebir la guerra como una «interrupción violenta», algo innecesaria al fin y al cabo, en el desarrollo constitucionalista del país. Poco después de Macaulay llega la interpretación de Marx, de la primera revolución burguesa que sienta la base del capitalismo moderno. Este legado ha sido desarrollado por R. H. Tawney, a quien se deben al menos dos

hipótesis sugestivas: 1) que la Guerra Civil fue precedida por un desmoronamiento de la antigua jerarquía feudal, aumentándose la riqueza y el poder de una clase empresarial que formaba una pequeña nobleza terrateniente (la *gentry*) a expensas de los grandes feudos medievales; 2) que la «Revolución Puritana» contribuyó, aunque de una manera quizás indirecta, al fomento de una «cultura» capitalista. Esta segunda tesis, avanzada en el clásico *Religion and the Rise of Capitalism* (1926), es un análisis profundo de la relación entre economía y cultura, a la manera de Max Weber. Para él los puritanos no eran «capitalistas» como tales, sino que defendían la tradicional «república cristiana», denunciando la usura y el acotamiento de tierra como cualquier predicador medieval. Sin embargo, la teoría calvinista de la santidad del oficio o profesión secular, el odio hacia el ocio, y la oposición a los «privilegiados» de la corte, les conducían al rechazo de los dictados de los tribunales eclesiásticos. La guerra acabó con los tribunales antiguos, e hizo imposible la vuelta a otro sistema de uniformidad moral, liberando las energías individuales para la expansión capitalista. Sobre el complejo mundo intelectual y social de la élite puritana de aquella época ha vuelto recientemente J. T. Cliffe (1984).

Sin embargo, la voz más conocida en este campo de los estudios socio-culturales de los Puritanos es Christopher Hill. Su importancia ha sido tremenda en al menos tres categorías: 1) en dar una voz a los «perdedores», a los fracasados de la historia: los *Levellers* y los *Diggers*, aquellos revolucionarios democráticos y hasta socialistas, cuya actuación fue algo marginal a la Guerra Civil, pero cuyos escritos pudieran expresar la voz del pueblo; 2) en subrayar la importancia para la historia social de un buen conocimiento del contexto cultural de la época. Las ideas cuentan en la historia, como lo habían ya afirmado Tawney y Weber, tanto como los hechos materiales de la existencia —y tanto para los pobres como para la élite; 3) en tomar la perspectiva a largo término, y en vez de limitarse a estudiar las causas de la Guerra Civil (como tantos en nuestro mundo académico especializado), situarla dentro de la evolución general del estado y la sociedad inglesa del siglo XVII. En este sentido, la importancia real de la guerra era que: a) rompió el molde de la «república cristiana», la unanimidad en la política y la religión que ambicionaban los hombres de antes de 1640 como ideal. Inició el debate libre, abierto sobre el derecho a «ser diferente», a discrepar de la mayoría de sus conciudadanos sin ser tachado de herejía o rebeldía; b) estableció la hacienda del estado, gracias a la experiencia parlamentaria, sobre una base firme (sisas, impuesto sobre la tierra que tenía que pagar el noble como el plebeyo). Esta cooperación

financiera entre el gobierno y el parlamento necesitó la colaboración del segundo cada vez más en la política general bajo la monarquía restaurada después de 1660, y definitivamente después de la «segunda» (llamada gloriosa por ser pacífica) Revolución de 1688. No fue hasta los años 1689-1702 cuando el parlamento inglés logró por fin el control de las finanzas, pero la base del sistema fiscal data de la Guerra Civil. Inglaterra entra en su fase de expansión capitalista en la segunda mitad del siglo XVII con una resolución —muy rara en la Europa de la época— del viejo problema de la equidad fiscal (¿cómo hacer pagar a la nobleza? ¿cómo evitar el fraude y la resistencia a los impuestos no sólo en los parlamentos sino en las ciudades, provincias y pueblos?). Este fortalecimiento del estado debió contribuir mucho a la expansión colonialista conseguida durante el siglo siguiente.

Otro nombre que surge cuando se trata de la revolución inglesa es el de Lawrence Stone. Discípulo de Tawney, le interesó la relación entre el estado y el cambio social. Su *Crisis of the Aristocracy* (1965) volvió a la tesis de Tawney, esbozando la pérdida, por parte de las grandes familias feudales hacia 1600 de una parte de su poder, sus clientelas y sus tierras. Entre 1540 (venta masiva por parte de la corona de las tierras confiscadas a la iglesia católica después de la Reforma) y la Guerra Civil, surge la *gentry*, aquella pequeña nobleza de terratenientes, señores de un pueblo, representados en el parlamento más que en la corte. Hacia 1640 menos de la mitad de aquella familias podían trazar su genealogía antes de 1485. En el libro *An Open Elite?* (1985), Stone hace un estudio cuantitativo de los señores de lugares más importantes de los condados de Hertfordshire, Northamptonshire y Northumberland. Confirma su impresión de una gran movilidad social antes de 1660, aunque hace ver que pocos de la *gentry*, al menos de las familias importantes, venían de los negocios, del comercio, sino que la mayoría procedía de la abogacía o de la burocracia, o de segundones de familias nobles que pudieron casarse con una heredera de abogado. Esta élite consolida su situación después de la Guerra Civil (que no logra quitarles sus posesiones) gracias al llamado *Strict Settlement* o mayorazgo al estilo inglés, que impide el grado de movilidad social vista en la primera mitad del siglo XVII. Paradójicamente, por lo tanto, la Guerra Civil contribuyó al asentamiento de una élite señorial, la *gentry* —aunque llamarla «señorial» puede ser equivocado, ya que se muestran más bien como una clase de «terratenientes». La burguesía urbana, más limitada que antes de la guerra en sus posibilidades de compra de tierra, tiene que invertir más, quizás, en el comercio —aunque, como señala Stone

(1985), nuestro conocimiento de la burguesía inglesa es mucho más pobre de lo que sabemos sobre la *gentry*.

La influencia de Tawney y Stone ha suscitado muchos estudios minuciosos, a escala local, de la situación económica y social de la *gentry* (vg. Simpson 1961). Quizás la posibilidad de nuevos conocimientos va disminuyendo en este sector, y los historiadores tendrán que seguir el camino de Cliffe (1984), explorando la mentalidad de esa élite. Aquí tocamos otra vez la política. El gran debate entre Tawney y Trevor-Roper sobre la relación entre rebeldía política y situación económica —¿fueron los parlamentarios hombres innovadores en sus tierras, ricos empresarios, o (como parecía sugerirlo en caso de Oliver Cromwell), una pequeña nobleza pobre, resentida por su exclusión de los favores de la corte?— parece más bien zanjado ya a favor de Tawney, en el sentido de que hubo un auge general de las fortunas de la pequeña nobleza a expensas de las grandes familias asociadas con la corte. Pero en cuanto a la relación entre prosperidad económica y actitud política queda mucho por explorar. El libro de Pérez Zagorin (1969) enfocó el debate de otra manera. Para él era inútil buscar en la Guerra Civil un enfrentamiento de clases: la *gentry*, como la nobleza, como el reino en general, era escindida entre dos partidos, los parlamentarios y los realistas. La «burguesía», si el término tiene algún valor, era también a veces partidaria del rey (el caso del patriciado y regidores de Londres y de Bristol, la segunda ciudad de Inglaterra), gracias probablemente a los privilegios que gozaban las grandes compañías mercantiles, señaladamente la *East India Company*. Los mercaderes menos acaudalados, excluidos de los privilegios del estado, y sin duda una parte de los interesados por el comercio con las Indias Occidentales, cuya actividad suponía a veces el enfrentamiento con España, amiga de la corte de Carlos I, podían sentirse lesionados y apoyar al parlamento. Sin embargo, para Zagorin la división entre los campos no podía explicarse directamente por su situación económica sino por su ideología —el enfrentamiento entre la «Country», patriotas para sus provincias o comunidades, marginados por la «Court» que tachaban de parcial y corrupta. Hacia 1640 la intervención del pueblo bajo en las elecciones conducía a una radicalización de las posiciones.

El libro pionero de Alan Everitt (1966) señaló el punto de partida de otra interpretación del conflicto. Para él, la comunidad política del siglo XVII era menos el estado que la comunidad local, el «condado», división administrativa heredada de la Edad Media, que tenía todavía una gran importancia a nivel social y cultural. Centrando su análisis sobre el condado de Kent, y sobre las familias de la *gentry* que lo dominan, nos muestra un mundo curiosamente mucho más estable

que él bosquejado por Stone a nivel nacional. O sea, la élite es antigua, las familias no son nuevas sino bien radicadas en sus tierras, casándose entre ellas; la división política, si tal había, era una lucha entre familias por la influencia, y un acuerdo general para limitar la intervención desde el exterior por parte del gobierno de Londres. Los «marginados», católicos o puritanos, eran los únicos en tomar posiciones decisivas por o contra el rey.

Esta perspectiva ha iniciado un debate sobre la mejor manera de concebir el sentimiento político de la época, que se puede resumir en dos palabras: ¿facción o ideología? La nueva historia política pone más énfasis sobre la primera, y sus seguidores han merecido el epíteto de «revisionistas». Unos de sus más destacados protagonistas, Conrad Russell (1977) y Kevin Sharpe (1978), han tratado de romper el molde intelectual, heredado de Macaulay, de estudiar la guerra como si fuera un conflicto entre dos campos ideológicos ya formados —progresistas contra reaccionarios. Esto, para ellos, es imponer una visión retrospectiva sobre los hechos, aislar los documentos constitucionales de su contexto socio-cultural, y, en fin, faltar al primer deber del historiador que es reconstruir el horizonte intelectual desde la perspectiva de los coetáneos y no desde la nuestra. Señalan que, a pesar del mito de la *Magna Carta*, la Inglaterra de principios del siglo XVII se parecía más a una monarquía absoluta del estilo continental que lo que se había pensado. La cuestión de la soberanía era confusa y, quizás, antes de Hobbes (*The Leviathan*, 1651) subordinada al concepto de la ley como expresión de principios cristianos más que de la voluntad del príncipe. Hasta el desmoronamiento de la «república cristiana» en la Guerra Civil, el principio de la política era el acuerdo y la unanimidad. Si no era tan formalizado como el principio polaco o aragonés del *nemine discrepante*, la práctica del parlamento inglés en los años 1620 era buscar la unanimidad de sus diputados —y el acuerdo, más que un enfrentamiento, con el rey.

También en el campo fiscal, los revisionistas nos recuerdan la importancia de las reservas reales, y sus regalías como la aduana, normalmente votada al monarca por el parlamento para su vida, pero que Carlos I podía incluso cobrar sin tal concesión. En los años 1630 Carlos I podía casi prescindir de las subvenciones parlamentarias, si no fuera por el caso inopinado de la rebelión escocesa con la derrota del ejército real. La oposición a subvenciones por parte del parlamento —convocado sólo de vez en cuando bajo monarcas anteriores, hasta tal punto que se puede calificar sus sesiones de «acontecimientos» más que de «institución»— era más bien negativa, y no motivada por ningún deseo de controlar mejor el ejecutivo. La resistencia a los

acuartelamientos de tropas, o la leva del *Ship Money* (impuesto para la defensa de los mares) en 1637, no procedía tanto del sentimiento de que el rey abusaba de sus poderes como de la inconveniencia financiera y administrativa. Los diputados a los parlamentos de los años 1620 concebían su función más bien como representantes de sus comunidades, buscando concesiones y privilegios particulares, que como miembros de un partido constitucional. El parlamento era el portavoz de peticiones y quejas del súbdito, pero las decisiones se tomaban por el rey y su consejo (*The Privy Council*). Era el Consejo Real y no el parlamento el foco de la lucha política. La luchas de facciones dentro del Consejo venían apoyadas por sus clientes dentro del parlamento. Con tal perspectiva se puede explicar mejor, así parece, la conducta de los jefes de la oposición parlamentaria —Sir John Eliot ambicioso para la guerra contra España en 1624 resulta ser un cliente del duque de Buckingham, favorito del rey, que también aboga por la misma política dentro del Consejo; Thomas Wentworth, cabeza de los malcontentos, acepta entrar en el consejo en 1628. Así, la escuela «revisionista» nos deja ver una «constitución política» inglesa menos reformada, y menos clara en el espíritu de los protagonistas, de lo que se venía pensando.

El otro aspecto del revisionismo actual es el énfasis sobre la comunidad local como el foco de las ambiciones políticas, y los posibles cambios que hubo en la época moderna. El libro de Mervyn James sobre Durham (1974), como los estudios recientes sobre Irlanda y Escocia (Nicholas Canny, Steven Ellis, Jenny Wormald), nos recuerdan la gran extensión geográfica y cultural de la corona británica, y el poco control que podía ejercer en la periferia. El gran hecho político del siglo XVII en estas regiones era menos el conflicto constitucional entre el parlamento y el rey que la burocratización del gobierno, la introducción de normas de orden público para sustituir las luchas de bandos y el poder de los magnates. Su experiencia fue, de una manera más aguda, la de la Inglaterra provinciana en general: el derrumbe de una jerarquía feudal, el abandono de los castillos y de los ejércitos privados, a expensas del auge de los «*Justices of the Peace*», o *J. P. s.* —justicias de paz, nombrados por la corona entre la gentry, que vinieron a constituir el arma principal de la burocracia moderna inglesa. El oficio era medieval, creado en el siglo XIV. Empieza a emanciparse de la tutela de las grandes familias en los siglos XVI y XVII —gracias a los cambios sociales que hemos esbozado, gracias a la mejor educación también, en las universidades de Oxford y Cambridge y en las *Inns of Court* (escuelas de derecho) de Londres, de los justicias, ya que la gentry empieza a acudir en masa a estas instituciones en el siglo XVI. También aumenta el peso

de su trabajo gracias a una auténtica revolución administrativa. Debido a los cambios económicos, al aumento del proletariado flotante, y al abandono de los métodos tradicionales eclesiásticos de alivio de los pobres con la Reforma protestante, el estado tuvo que asumir nuevas responsabilidades para la buena «policía» del súbdito, señaladamente por la «Ley de Pobres» de 1603, cuya administración tocó a los justicias. Anthony Fletcher (1986) ha hecho un estudio minucioso de esta revolución administrativa, de la nueva responsabilidad de la *gentry*, como justicias de paz, para los pobres, para la policía, y para la formación de una milicia. Estas responsabilidades pueden ayudarnos a comprender mejor su creciente «intervencionismo» político —o al menos su confianza en oponerse a la ingerencia de la corte en sus localidades. Su disciplina y cohesión, al fin y al cabo, diferenció su reacción ante la monarquía de la de la pequeña nobleza francesa en la misma época —diferenciación que ya señaló Voltaire y que queda en gran parte por explorar.

Con esta cuestión volvemos a la «ideología» de la *gentry*. ¿Fueron tan apolíticos» como lo sugería Everitt, tan limitados a la defensa de sus comunidades contra la ingerencia central? Ha nacido en los últimos años una escuela «post-revisionista», que ha tratado de aliar lo mejor del revisionismo con lo que merece rescatarse de la tradición ideológica. Las contribuciones al reciente libro editado por Richard Cust y Ann Hughes (1989) señalan que la Inglaterra de principios del siglo XVII era ya un país más integrado que lo que suponía Everitt, y que los *cordados* o provincias no eran ni autónomas ni homogéneas en su composición social y económica. En la Warwickshire de Ann Hughes, la *gentry* se casaban fuera de sus fronteras, a la vez por razones de proximidad geográfica a otras comunidades y por consideraciones «ideológicas», buscando otras familias católicas o puritanas, que por ser forasteras no eran menos compatibles con su propia cultura. Además, la *gentry* no eran completamente libres en cuanto a su comportamiento político. Debían tener en cuenta la actitud de sus inferiores y Hughes traza la división entre el sur del condado con su agricultura más tradicional y su jerarquía más estable y conservadora, y el norte donde el pastoreo y los talleres de metalurgia creaban una sociedad más abierta, con *freeholders* (campesinos independientes del señorío) y trabajadores sin tierra. La mayoría de la *gentry* de Warwickshire podrían ser calificados de «realistas» moderados, pero la iniciativa política de 1642 en pro del parlamento partía de un grupo convencido de puritanos cuya ideología podía ser en parte una respuesta al desmoronamiento de la tradicional «república cristiana» en el norte del condado.

Este análisis enlaza con el de Underdown (1985) sobre las provincias del sur-oeste. Hace un contraste entre la tierra labrada del sur de Wiltshire, con sus comunidades campesinas estructuradas en torno a la iglesia anglicana y la casa del señor, aferradas en gran parte a la cultura popular heredada de la Edad Media, y el norte, donde el pastoreo y la utilización industrial de bosque habían atraído a una población más flotante. En el norte la gentry se muestra más puritana, más hostil a las fiestas populares con su riesgo de desorden popular, y tienden a apoyar el parlamento en 1642 mientras que sus colegas del sur optan más bien por el rey. El contraste puede ser demasiado tajante, pero muestra el interés de buscar las raíces del comportamiento ideológico al nivel nacional en la experiencia de la administración provinciana. Dos estudios sobre ciudades —categoría algo relegada por el énfasis sobre el condado y la gentry— son significativos por su exploración del contacto entre la política local y la actitud adoptada al conflicto nacional entre rey y parlamento: son los de John T. Evans sobre Norwich, tercera ciudad del reino e importante centro manufacturero (1979), y el de D. H. Sacks sobre Bristol (1986). Norwich era una de las ciudades más «democráticas» del reino, donde los vecinos oficiales o *freemen* habían podido mantener en gran medida las elecciones a los oficios, contra la ola de oligarquización que batía los demás municipios. Hubo debates políticos en el Norwich de principios del siglo XVII, principalmente sobre la defensa del puritanismo, y esta educación ideológica a nivel municipal enlazó con el gran debate entre el rey y el parlamento, llevando Norwich al lado parlamentario. Bristol, al parecer, sigue un itinerario opuesto. Es controlado por una oligarquía de mercaderes que gozan de los privilegios de una compañía protegida por el rey, a quien dan su apoyo en 1640. Sin embargo, la lucha por mantener estos privilegios y para limitar la fiscalidad real o la intervención de Londres en los nombramientos a oficios municipales «educa» a los jefes locales en la política de la corte. Sacks no ve tan claro como Everitt aquella diferenciación entre política nacional e interés de la comunidad, ni que fuese más importante la segunda que la primera; para él, las dos preocupaciones van juntas. La élite de Bristol es tan interesada por lo que ocurre en la Corte como por los sucesos más inmediatos de su localidad, ya que uno afecta el otro.

El análisis de Richard Cust (1989) de las elecciones parlamentarias de los años 1620 enfoca otro aspecto de esta cuestión, la general ausencia de oposición a los candidatos designados diputados por unanimidad. Para nosotros esto puede ser interpretado como falta de debate o interés político; pero Cust, de acuerdo con los antropólogos, señala que en las pequeñas comunidades de antaño la división abierta

podía ser vista como «facciosa», sin impedir una conciencia viva de la situación política. Buscar el consenso no era señal de apatía, sino al revés, conciencia de los peligros de colapso del orden público en una sociedad apenas emancipada de los bandos y disturbios populares. Los libros de Derek Hirst (1975) y Brian Manning (1976) insisten en la realidad del debate ideológico, y en la participación del pueblo en él gracias a las elecciones parlamentarias, que no eran completamente controladas por las oligarquías.

Parece, por lo tanto, que se necesita una historiografía política que sabe combinar «ideología» con la exploración de la «trastienda» del clientelismo. El debate importante en *Past and Present* (1981), con Hill, Rabb y Hirst, trató de moderar el entusiasmo de los «revisionistas» por el otro mundo político que habían revelado de preocupación por intereses locales o particulares más que por la transformación de la sociedad nacional. Nos hacen recordar que, al fin y al cabo, hubo Guerra Civil, de enorme alcance, ya que acabó con la decapitación de un rey, y que fue acompañada por una ideología de libertad e individualismo religioso, plasmada en un alud sin precedentes de panfletos y tratados políticos. Es cierto que aquella radicalización del conflicto pudo venir más bien a la zaga de los acontecimientos en vez de provocarlos; aun admitiendo que la estructura política inglesa era más parecida a la del continente de lo que se había pensado, la radicalización del conflicto entre rey y parlamento no es pensable sin la inyección de unos mitos —la memoria de la *Magna Carta* y el mesianismo puritano. El énfasis sobre la Guerra Civil como «accidente» no planificado, y la vuelta a la historia narrativa minuciosa, como en el importante libro de Anthony Fletcher (1982), es saludable en recordar la proporción humana de toda gran crisis. Pero si el horizonte de los participantes es más limitado que el nuestro, sus decisiones, muchas veces impuestas por la coyuntura, no dejan de tomarse con referencia a un marco intelectual, cuya exploración tiene todo su valor para el historiador.

El riesgo que corremos es que se abra un abismo entre aquella historiografía narrativa y una interpretación más sociológica de la evolución inglesa moderna. Peter Laslett, en su clásico *El mundo que hemos perdido* (1965), había abogado ya hace tiempo por el abandono del concepto de «revolución inglesa» de mediados del siglo XVII. Para él los disturbios de la Guerra Civil no afectaron la *longue durée* del desarrollo social y económico de su país. Después de la breve interrupción de los comisarios de Cromwell, la misma élite seguía mandando después como antes de la Guerra, incluso las mismas familias: la *gentry* y la nobleza. Mucho del trabajo del famoso *Cambridge Group*, asociado con Laslett y pionero en la exploración

de la demografía inglesa, hace caso omiso de la «revolución». Una de las historias más influyentes sobre la época, la de Keith Wrightson (1982), pone el énfasis sobre los cambios producidos por la evolución demográfica y económica, y sobre los efectos de la educación y disciplina popular, que aunque deben mucho al puritanismo, poco deben directamente a la Guerra Civil. Una perspectiva parecida es la de J. A. Sharpe (1987), aunque atribuye una cierta importancia a la Guerra por sus consecuencias, si no por sus causas, por haber establecido la pluralidad religiosa y la descentralización del poder. Sin embargo los cambios de la época que más afectaron al pueblo eran la demografía, la familia, la cultura (mayor grado de control de la élite gracias a la educación y policía general). Se comprende, quizás, la falta de paciencia mostrada por la historiografía «social» reciente con una «revolución» que interesó, casi exclusivamente, a la clase política, la gentry, que pudieron establecer su control sobre el gobierno y sobre el país. Sin embargo tocamos aquí la vieja preocupación de Hill y Tawney con la Guerra como marcando una ruptura con la «república cristiana» medieval.

Ha habido cierto interés, aunque relativamente poco todavía, en tomar el relevo de Christopher Hill y explorar la actividad política del pueblo, en vez de verlo siempre a la zaga de la gentry. Hemos mencionado ya el trabajo útil de David Underdown (1987). Otro estudio bien documentado es el de Buchanan Sharp (1980). Su foco es el bosque o *Forest of Dean* del oeste de Inglaterra, donde existía una tradición de tierras comunes y de minas de carbón pequeñas y talleres textiles. Nos hace recordar la importancia ya en aquella época de un proletariado casi industrial, residiendo en el campo, muy vulnerable al hambre y al desempleo. A pesar de las tentativas del gobierno de Isabel I para impedir la construcción de casas sin cuatro *acres* (un poco menos de dos hectáreas) de tierra para su subsistencia, la proliferación de aquellas familias pobres continuaba. Bajo Isabel también se decretó el impuesto para ayuda de los pobres, a quienes se debían proveer materiales a trabajar en tiempos de carestía por las autoridades, y se trataba de controlar el precio del grano: todas medidas características de aquella «república cristiana» medieval que se trataba de mantener incluso después de la Reforma protestante. Sin embargo, la república se desmoronaba: el acotamiento de tierras y la «privatización» de las pequeñas minas «comunales» en manos de empresarios capitalistas fue incluso promovido por el gobierno de Carlos I, cuyos principios «paternalistas» tuvieron que sacrificarse a las exigencias del dinero. La diferencia entre parlamentarios y realistas sobre esta cuestión parece mínima; ambos van desconfiados para con el pueblo, cuya oposición a «toda autoridad» crece gracias a la

desunión de sus amos en la Guerra Civil. La manifestación popular más característica de aquellos años, estudiada también por Underdown en los condados vecinos del oeste, era la de los *Clubmen*, cuyo enemigo era a la vez el ejército del parlamento como el del rey.

La Guerra Civil es acompañada por movimientos populares, por lo tanto, que enlazan con la tradición de revuelta campesina en el siglo anterior y que pueden ser vistos como contrarios al capitalismo naciente del país. Pero su estudio ha sido algo marginado por el énfasis sobre el conflicto más dramático y más documentado entre la *gentry* y el rey. Es lástima, porque la Guerra Civil marca el fin de las revueltas serias del pueblo —fuera de las insurrecciones más esporádicas llamadas «motines del hambre» características del siglo XVIII, que no tienen el mismo alcance. En Inglaterra queda mucho por explorar sobre el mecanismo de control popular instalado a raíz de la Guerra Civil: ¿mejor funcionamiento del sistema de justicias de paz, mejor cooperación entre la *gentry* y el gobierno central? Volvemos al punto de partida, y a la fértil hipótesis de Tawney sobre el colapso de la república cristiana a mediados del siglo XVII. Pero, ¿cuál fue el mecanismo sustitutivo del paternalismo de la élite o del rey? ¿Cómo pudo, por ejemplo, un empresario puritano como Lord Brooke en la Warwickshire estudiada por Ann Hughes, atreverse a la vez a acotar tierras y a obtener la confianza de sus conciudadanos para combatir contra Carlos I? El significado del puritanismo como ideología política exige más estudio. Menos formada como doctrina religiosa de lo que se había pensado antes, y sin equivalencia directa con el individualismo económico, representa, sin embargo, una visión del mundo anti-jerárquica y más orientada hacia la disciplina interna, personal, que a la comunitaria. Esta visión, derivando hacia el mesianismo entre el pueblo, pudo unir a la *gentry* y a sus inferiores en una común desconfianza hacia la corrupción de la corte. Aquella desconfianza influyó sin duda más en la formación del partido de oposición a Carlos I en 1642 que la mera procedencia social de los diputados. En este sentido, la Revolución fue más «puritana» que «burguesa», ya que las diferencias sociales entre los dos campos, realista y parlamentario, parecen mínimas. Sin embargo, por sus consecuencias la Revolución fue indudablemente burguesa —si la palabra sirve para fines taxonómicos y no presta a confusión.

Terminamos con algunas consideraciones breves sobre la orientación futura de la historiografía de la Revolución Inglesa, ya tan intensamente estudiada. En primer lugar, se advierte la necesidad de una mayor integración de la historia social y la historia política. ¿Fue el siglo XVII un época de revolución, o sólo de evolución (aunque

acelerada) como lo tienden a sugerir los trabajos de la escuela de Laslett? El énfasis reciente sobre la comunidad local, con múltiples estudios sobre condados, y sobre la «trastienda del poder», el clientelismo, no dará su fruto mientras prescinde de la dimensión ideológica. Si los hombres obran por interés, viven y mueren por los mitos y las ideas. La obra de Conrad Russell, *Crisis of Parliaments*, es, sin duda, el ejemplo más logrado desde Christopher Hill, de las ricas perspectivas que se derivan de la integración de la historia política y social. En segundo lugar, necesitamos una revisión del modo cómo nos planteamos la cuestión política en la Inglaterra de la primera mitad del siglo XVII. Kevin Sharpe (1989) señala todo el interés de una reconstrucción del lenguaje y cultura política de aquella época, con su énfasis sobre el consenso y no conflicto con el rey. El dramatismo de los conflictos que surgieron puede hacernos olvidar su carácter algo excepcional. El trabajo de Anthony Fletcher (1986) sugiere la importancia y la continuidad de un proceso de burocratización en las provincias para sustituir al mando de las grandes familias feudales, revolución administrativa que no debe nada a la Guerra Civil. Entondes, habrá que explorar un mundo más amplio de experiencia política —para volver, claro, a situar el conflicto entre el parlamento y el rey dentro de su contexto. Si aquel contexto puede ser más limitado de lo que se venía pensando —recordemos la advertencia de Laslett de que el dramatismo de los acontecimientos no está necesariamente en correlación con su profundidad— esto queda por comprobar. Es aquí, en tercer y último lugar, donde habrá que invocar otra vez los nombres de Tawney y Hill, para quienes el significado del conflicto no se limita a sus causas, sino que se extiende a sus consecuencias. La falta relativa de estudios que abarcan ambas mitades del siglo XVII es de lamentar, producto, sin duda, de la especialización de las investigaciones históricas. La teoría es que aprendemos mejor así, los unos de los otros; pero hace falta que hagamos las mismas preguntas a nuestro material si queremos llegar a comparaciones. Si llegamos a superar la división artificial del siglo hacia 1640-1660, podremos enfocar mejor la perspectiva de Tawney: la Guerra Civil como revolución auténtica, porque supuso el derrumbe del antiguo sistema paternalista de la iglesia y del estado.

PREGUNTAS

José Luis Betrán: Nos podrías hacer un breve apunte sobre los *diggers* y Winstanley, sobre todo su relación con el ámbito religioso y sus reivindicaciones.

J. Casey: Esta ha sido la gran contribución de Ch. Hill sobre los *levellers*, sobre Winstanley y sobre los demás. El problema es que Hill está interesado por las ideas de los hombres de la época; lo que rastrea es cómo enfocaban ellos el mundo y dice que podían ser mesiánicos y hasta extravagantes, pero tenían la capacidad de articular su pensamiento y nosotros les debemos el respeto de estudiarlos. El problema con los *levellers*, y con Winstanley, es que eran muy elocuentes, publicaban mucho y hay una cierta atracción para el historiador a leer lo que escribían. Pero debemos preguntarnos qué importancia real tenían —sin duda, una importancia limitada. Los que escribían eran muchos, yo creo que hubo una explosión literaria parecida a la de Alemania en la época de la Reforma. Son años de auge para la literatura popular, en los que se pueden estudiar ideas populares del mundo. Pero, por eso, el historiador debe andar con cuidado preguntándose si esa literatura popular es toda la historia o es sólo la obra de una minoría. Yo creo que, como en Alemania, es obra de una minoría y que, francamente, como ha hecho ver Buchanan Sharp, muchas de las revoluciones populares estaban lejos del puritanismo, y no articulaban sus ideas dentro de un contexto religioso.

Los *levellers* quizás no eran tan típicos del movimiento popular, eran muy literatos, y esto me parece que los separa de muchos de los revolucionarios populares ingleses, que quedan sin voz salvo a través de los tribunales y de algún manuscrito contrario a la *gentry*. Pero este sería un problema del estudio de la literatura popular, no dejarse llevar por la enorme corriente de panfletos escritos por los sectarios puritanos de aquella época.

Ricardo García Cárcel: La primera pregunta sería si toda la historiografía posterior a Stone ha encontrado por fin los burgueses protagonistas de la Revolución o no. Y la segunda pregunta sería si la aparición de esta historiografía postrevisionista presupone de una manera optimista que estáis viviendo en Inglaterra un post-thatcherismo tras muchos años de dominio de la historiografía Trevor-roperiana.

J. Casey: En cuanto a la primera pregunta, creo que todavía queda un hueco en los estudios del siglo XVII inglés que es el estudio de la burguesía. L. Stone, en su último libro, dice que se puede estudiar, y se ha estudiado mucho la *gentry*, pero en cuanto al patriciado urbano, a los grandes mercaderes, sabemos todavía muy poco. He citado en la bibliografía una obra sobre Norwich, que era una ciudad puritana en el siglo XVII, que es el libro de J. T. Evans *Seventeenth Century Norwich*. Entonces, sí que queda un hueco, ha habido pocos estudios. Yo creo que una de las razones de esto es que Inglaterra no tiene quizá más que una ciudad auténtica, comparable a las europeas en el siglo XVII, que es Londres. La segunda ciudad es Bristol, importante por el comercio con las Indias y la tercera es Norwich, una ciudad que no ha crecido mucho. En el siglo XVII era el centro de la manufactura de la lana, era la Segovia de Inglaterra y, como ésta, ha quedado como una ciudad museo. Norwich se ha estudiado un poco, Bristol muy poco, y Londres es donde se podría hacer algo, que se ha hecho, por ejemplo Robert Brenner, Valerie Pearl, R. Ashton y otros. De sus investigaciones parece deducirse que la burguesía de Londres era muy ambigua en su actitud hacia el rey, ya que los que tenían intereses en la Indias Orientales estaban con él, los que tenían interés en la guerra contra España, gente del mismo poder económico y de la misma formación cultural que los anteriores, estaban en contra de la corte, porque Carlos I estaba por la paz con España. O sea que la historiografía de la burguesía era el pariente pobre. Fuera de saber más o menos qué facciones había dentro de la burguesía de Londres, sabemos menos de lo que sería deseable. Todo el énfasis se le ha dado al estudio de la *gentry*. Pero sí sabemos mucho ahora de las haciendas de la *gentry*, poco sabemos sobre su formación cultural. Los estudios dicen que apenas si hay diferencias entre la que apoyaba al rey y la que apoyaba al parlamento, en cuanto a su grado de empresarialismo; los que deseaban acotar tierras y romper los viejos contratos feudales se encontraban a la vez entre los realistas y los parlamentaristas. Pero sobre las ideologías hay mucho que investigar todavía, a nivel de las cartas personales de la *gentry*, de los archivos familiares, sobre cómo se formaban, qué libros leían, dónde iban a la escuela, qué influencia recibían de sus maestros... Me parece que esa es la dirección que hay que seguir. Es demasiado fácil decir que, desde un punto de vista económico, no hay mucha diferencia entre ambos campos. Claro, cada hombre está influido por su interés material y Sir John Eliot, por ejemplo, por su dependencia del duque de Buckingham, que puede motivar en parte su apoyo a la guerra contra España. Esto es muy interesante, pero no lo explica todo; no explica que Sir John Eliot tenía, al fin y al cabo, un

desacuerdo profundo con toda la mentalidad de la corte, y que rompió finalmente con Buckingham. O sea el clientelismo, los intereses económicos, son una parte de la formación del individuo, pero no son toda la Historia. El hombre también es ideas. Las ideas, a veces ocultas, pero importantes, y la ideología puritana quedan por investigar, y la Historia Política revisionista debe tener en cuenta la importancia de este legado.

En cuanto a lo segundo, sobre el post-thatcherismo, creo que es muy interesante. Hemos vivido una época en la cual lo interesante era buscar lazos de clientelismo, facciones, familias; los estudios sobre Sir John Eliot o Sir Thomas Wentworth nos muestran que estos jefes de la oposición no sólo estaban tan motivados por la ideología sino por maniobras particulares de la corte, ocultas muchas veces. Esto es muy interesante, pero quizá desvaloriza la importancia de la política, y es curioso que un historiador de la época, discípulo de Margaret Thatcher, que es Jonathan Clark, opina que la Guerra Civil inglesa fue más bien una lucha de facciones que una revolución ideológica aunque matizada por nuestros conocimientos de la complejidad de los motivos humanos.

Javier Burgos: Yo querría hacer un comentario. Aparte de la impresión final de la charla del profesor Casey, del peso que en la actualidad tiene el marxismo británico de la escuela de Thompson o de Hill, o sea, del marxismo que reivindica la cultura, el ámbito cultural, como elemento fundamental en la búsqueda de explicaciones del proceso histórico, una de las cosas que más me han interesado de su charla es la continua referencia del papel de los pobres en este proceso. La Revolución supondría el fin de la sociedad paternalista y el poner a trabajar a los pobres. Unos pobres que han salido de un proceso de transformación de la estructura socioeconómica inglesa, dentro del proceso de cambio en el campo inglés; probablemente no sólo se refiere a aquellos pobres que habían perdido sus tierras, sino también a aquel sector del campesinado con tierras y que dispone de su tiempo y ponerlos a trabajar más horas de las que las familias campesinas, que básicamente trabajaban para la autosubsistencia, necesitaban, de manera que la Revolución ordena el tiempo, pone en marcha fuerzas laborales. Yo creo que sólo por ello la revolución ya tiene una transcendencia histórica en la posterior evolución de Inglaterra muy clara, que desmentiría la opinión de M. Thatcher en los actos del Bicentenario de la Revolución Francesa cuando le dijo a F. Mitterrand que ellos ya habían hecho su Revolución, por supuesto la de 1660, y no hizo falta la sangre, ni tener que cortar la cabeza a ningún rey, olvidándose de la revolución de 1640.

Un par de cuestiones. Has hecho referencia al papel fuertemente integrado, y estable financieramente, del Estado en la segunda mitad del siglo XVII. Ciertamente, el problema del Estado era fundamental en aquella época, y yo creo que la Hacienda, la presión fiscal en el ámbito de las revueltas de estos años es especialmente claro. Lo que te quería preguntar es si en la segunda mitad del siglo XVII, tras la Revolución, el Estado es estable financieramente, ¿cómo era la Hacienda antes de la Revolución? Y has hecho una referencia al «legado ambiguo de Ch. Hill». ¿Qué quieres decir con eso?

J. Casey: Comenzaré por tus apuntes y luego tus preguntas.

Primero, estoy de acuerdo contigo en la importancia del control de los pobres. Y, para mí, el libro trascendental sobre la Revolución Inglesa sigue siendo el viejísimo libro de Tawney de 1926, en el que vuelve a la tesis de Weber, pero la desarrolla dentro del contexto del siglo XVII inglés. Dice que el puritanismo primitivo no estaba a favor del capitalismo salvaje, al revés, muchos puritanos tenían una ideología paternalista. Pero a raíz de un juego sutil de interacción entre disciplina, autodisciplina, disciplina sobre los holgazanes y el derrumbe de la solución administrativa bajo Carlos I y la Guerra Civil, hubo una transformación efectiva de la sociedad inglesa; y me parece que lo que ha dicho Ch. Hill, Buchanan Sharp y los demás no es más que ir explicando la tesis de Tawney. Es una vuelta al descubrimiento de los viejos clásicos.

En cuanto a la Hacienda, sí es fundamental. Hay dos visiones de la Inglaterra de la primera mitad de siglo XVII. Una asociada con Conrad Russell y K. Sharpe. Dicen que, al contrario de lo que pensaba, Carlos I no necesitaba tanto el Parlamento. La Hacienda inglesa cobraba la aduana y había cierta ambigüedad sobre el papel real del Parlamento en este sentido. El Parlamento tradicionalmente concedía la aduana al rey en perpetuidad. Claro, Carlos I cobró la aduana sin concesión parlamentaria, pero, digamos, que nadie pensaba que ello era completamente ilegal. La aduana, como en España, era una regalía, no era un impuesto. Además, Carlos I tenía muchas tierras feudales y otras cosas, como Felipe IV en Cataluña, no mucho, pero sí algo. Se dice que en 1630 no había una gran presión fiscal, Carlos I podía vivir muchos años sin convocar el Parlamento. Además, el impuesto parlamentario inglés estaba muy desvalorizado y aportaba poco al rey. Como Cataluña y Valencia: los subsidios aportados al rey no valían la pena, no valían el enojo de las concesiones de privilegios. Esta es la visión de Russell y Sharpe.

Los postrevisionistas creen que para hacer una política efectiva, el rey necesitaba subvenciones parlamentarias. No olvidemos que la

Guerra Civil comenzó con una guerra en Escocia que necesitó la convocatoria del Parlamento, y también en Irlanda. Para mantener la subyugación de los irlandeses, se necesitaba un ejército que requirió una subvención parlamentaria. Mi respuesta sería que era posible para Carlos I mantener el Estado financieramente si se abstenía de un compromiso demasiado grande en la guerra extranjera. Escocia, Irlanda... son cuestiones interesantes. Son países insumisos, pero primitivos. El problema de Richelieu u Olivares era que tenían que luchar en guerras sofisticadas, tenían un problema financiero más grande que Carlos I. Este es posible que hubiese podido subvencionar un ejército en Escocia e Irlanda sin Parlamento. El problema en Escocia fue la derrota del ejército real en 1638; hay quienes dicen que las condiciones de la guerra en las islas británicas no necesitaban revolución fiscal y burocrática que se dio en el continente. La Monarquía inglesa podía seguir siendo tradicionalista, cobrando derechos feudales, cobrando las aduanas, manteniendo un pequeño ejército «policíaco» frente a los clanes irlandeses y escoceses. Todo esto es posible.

Para volver a la segunda mitad del siglo XVII, me parece que lo interesante aquí es que el estado inglés ha llegado a un estado de integración fiscal muy grande. Primero porque gracias a la Guerra Civil hay un impuesto sobre la tierra efectivo, en vez de las viejas subvenciones de la primera mitad del siglo XVII; después de 1660 la nobleza tiene que pagar un impuesto bastante fuerte para subvencionar al gobierno. Este impuesto es permanente y, entonces, el Parlamento, sea cual sea su interés constitucional, tiene interés en vigilar las acciones del gobierno para ver cómo se gastaba el dinero. Y es esta integración entre fuerte fiscalidad y una política mercantilista agresiva lo realmente importante de la transformación fiscal de la Revolución inglesa.

En cuanto a tu pregunta sobre el «legado ambiguo» de Ch. Hill, creo que me refería más que nada a que todavía no sabemos exactamente la importancia del puritanismo como ideología transformadora de la sociedad inglesa. Creo que su gran obra es la investigación del contexto cultural de los movimientos sociales. Pero creo que donde ha habido menos estudios de los deseados es en explorar el significado exacto de lo que ambicionaban los puritanos o cómo definiríamos un puritano de inicios del siglo XVII, cuál es exactamente la relación entre puritanismo y el concepto de un mundo transformado, de autodisciplina, de acotamiento de tierras, de empresarialismo, etc., porque muchos de los intelectuales puritanos eran conservadores y otros, digamos, bastante extravagantes en su visión del mundo. Entonces, creo que es el gran desafío que queda

para la generación futura poder integrar estas ideas, quizás bastante minoritarias y extravagantes, o tradicionalistas en muchos sentidos, en el movimiento de acotamiento de tierras, en el movimiento de abolición de los controles de precios, usura, etc., o sea, la integración de la cultura en la sociedad me parece importante.

Bibliografía breve

- Nicholas P. Canny, *From Reformation to Restoration: Ireland 1534-1660* (1987).
- J. T. Cliffe, *The Puritan Gentry* (1984).
- R. Cust & Ann Hughes (ed.), *Conflict in Early Stuart England* (1989).
- Steven Ellis, *Tudor Ireland: Crown, Community and the Conflict of Cultures* (1985).
- John T. Evans, *Seventeenth Century Norwich: politics, religion and government* (1979).
- Alan Everitt, *The Community of Kent and the Great Rebellion* (1966).
- Anthony Fletcher, *The Outbreak of the English Civil War* (1982).
- Christopher Hill, *The Century of Revolution* (1961).
- Christopher Hill, *The World Turned Upside Down* (1972).
- Derek Hirst, *The Representatives of the People* (1975).
- Mervyn James, *Family, Lineage and Civil Society... in the Durham Region* (1974).
- Peter Laslett, *The World We Have Lost* (1965).
- Brian Morrill, *The Revolt of the Provinces* (1976).
- Past and Present*, 1981, artículos por C. Hill, D. Hirst y T. K. Rabb, t. 92.
- Conrad Russell, *The Crisis of Parliaments: English History 1509-1660* (1971).
- Conrad Russell, *Parliament and the English Revolution Revisited* (1988).
- R. C. Richardson, *The Debate on the English Revolution Revisited* (1988).
- Alan Simpson, *The Wealth of the Gentry* (1961).
- D. H. Sacks, «The Corporate Town and the English State: Bristol 1625-40», *Past and Present*, 110 (1986).
- Buchanan Sharp, *In Contempt of All Authority: rural artisans and riot in the West of England 1576-1660* (1980).
- J. A. Sharpe, *Early Modern England: a social history 1560-1760* (1987).

Kevin Sharpe (ed.), *Faction and Parliament* (1978).

Kevin Sharpe, *Politics and Ideas in Early Stuart England: essays and studies* (1989).

Lawrence Stone, *The Crisis of the Aristocracy 1558-1641* (1965).

Lawrence Stone, *An Open Elite? England 1540-1880* (1985).

David Underdown, *Riot, Revel and Rebellion: popular politics and culture in England 1603-60* (1985).

Jenny Wormald, *Court, Kirk and Community: Scotland 1470-1625* (1981).

Keith Wrightson, *The Social History of England 1580-1680* (1982).

Perez Zagorin, *The Country and the Court* (1969).

JAMES CASEY

University of East Anglia

Resumen: el conferenciante realiza un magistral recorrido por los principales hitos historiográficos de la Revolución Inglesa de 1640. Partiendo de la obra inicial de R. H. Tawney, vemos cómo influyó en Ch. Hill y L. Stone, quienes, a su vez, inauguran una época de revisión a la que sigue un post-revisionismo, demostrándonos, finalmente cómo no está aún todo dicho al respecto.

Summary: the lecturer makes a brilliant overhaul through the main goals of the 1640's English Revolution historiography. Starting from the initial work of R. H. Tawney, we can see how this historian has influenced Ch. Hill and L. Stone, who have inaugurated an age of revision, followed by a post-revisionism that shows us that the final word about this Revolution has not yet been said.